

mujeres no son mujeres: imposible adivinar si serán unas Lucrecias o unas Mesalinās. Busquen mujeres que tengan sus pasiones, sus gustos, sus vicios y sus caprichos ya formados. A los quince años no hay clave ninguna para leer en su corazón y descifrar el enigma de su carácter. Y en cuanto al placer que haya en tener relaciones con ellas, yo lo niego: las mujeres de quince años me causan un fastidio soberano.

—Será todo lo que tú quieras; pero yo me caso con una muchacha de quince años. Buscaba el primer amor de una mujer, y ya puedo decir *eureka*, como Arquímedes.

—No te casarás, replicó Pepe con su dogmatismo habitual.

—Eso es ya demasiado: soy solo en el mundo, y no tengo que dar cuenta de mis acciones sino a Dios.

—Una apuesta, le dijo Pepe. No te comprometas con esa muchacha hasta de aquí a un mes. Para la noche antes, manda preparar donde François una cena magnífica: procura que no falte nada: un estudiante económico sería una cosa monstruosa. Si después de la última copa de champaña insistes en casarte, yo pago la cena: si, al contrario, renuncias a este proyecto, la pagas tú.

—¡Convenido! respondió Emilio.

En la noche fijada, a las diez en punto, subimos al salón de la fonda de François, donde debíamos cenar a puerta cerrada. Viandas succulentas y vinos calurosos de España que los ingleses, terciándoles con brandy antes de exportarlos, vuelven más ardientes todavía, ocupaban la mesa. El champaña estaba allí también esperando la hora de las paradojas y de la ruidosa conversación. Cuando uno después lleva en una aldea de provincia esa vida de templanza, que haría honor a un cenobita; cuando tiene que contemporizar con los honrados vecinos de su pueblo bebiendo como ellos siempre agua pura de las fuentes para no pasar por crapuloso o disipado, y acostarse a las nueve para no sentar plaza de licencioso, entonces suele recordar algunas veces con un placer indefinible esas cenas borrascosas en Bogotá. Tengo graves sospechas de que Agustín aburrido de mantenerse con pan y agua en el desierto, recordaba con delicia pecaminosa sus orgías de Roma

Nosotros devorábamos con el apetito que tiene un surero el día que come en casa de un amigo. Después de satisfacer la primer hambre, empezó a animarse la conversación, y Pepe preguntó a Emilio si insistía en su casamiento.

—¡Siempre! respondió.

Pepe tomó entonces un vaso, lo llenó de champaña hasta el borde, y brindó por los quintos amores de Angélica.

Emilio saltó en su asiento como si lo hubiese picado un escorpión.—¡Calumniador! exclamó pálido de cólera, le arrojó a la cara una botella que se rompió contra la pared.

Pepe, como Temístocles, le respondió con una sangre fría desesperante:

—Pega, pero escucha.

Entonces se subió sobre un taburete, como quien va a rengar; metió su ancha y musculosa mano en el bolsillo de su paletó, sacó unos papeles que puso sobre la mesa, y exclamó:

—Hasta ahora todos los que han publicado la verdad han sido crucificados; pero ninguno ha quedado contuso por lisonjear las preocupaciones de un pueblo o los caprichos de un hombre. Yo he querido salvarte, y para esto me he tomado la pena de galantear durante un mes a Laura, la hermana mayor de tu querida. Ella, por complacerme, me ha entregado, para devolvérselos mañana, estas prendas que pertenecen a Angélica tu virgen de los primeros amores. Para un futuro son documentos históricos de un valor inestimable.

Mira: esta es una carta ternísima que le dirigió un oron, dándole gracias por una trenza de pelo que ella le había mandado.

Este otro papel contiene unos versos macarrónicos que dirigió un teólogo, en que habla con la unción de un futuro predicador, de un beso enteramente ortodoxo que tuvo en cierta cita.

Este anillo tiene la cifra de un capitán; y si es de laborros, como sospecho, las cosas se ponen de malísima data.

Este otro es un billete exótico que hace tres años mandó un cachifo.